

REFLEXIONES Y PROPUESTAS SOBRE LECTURAS Y LECTORES *

Francisco Delgado Santos **

Reflexión que pretende atrapar respuestas sobre lo que es y debe ser la lectura, sobre lo que se debe leer, sobre el por qué y para qué leer, sobre el cuándo empezar, el dónde, el cómo y con quién leer, sobre el cómo hacer lectores, sobre la clase que queremos formar y la sociedad en la que deseamos vivir; todo ello enmarcado en el reconocimiento de una filosofía, de una axiología, de una ética y de una pedagogía de la lectura, así como de una dinámica de la animación sociocultural, donde desde diversos escenarios como el hogar, la escuela, los textos mismos y la biblioteca, se trata de promocionar la lectura, reconociendo que ella es sólo un medio, entre otros, de acceso a la cultura que, en todo caso, no debe aparecer como el único.

DE HOMBRES Y DE LIBROS

Voy hablarles de lecturas y lectores, vale decir, de hombres y de libros. Permítanme confesarles que escogí este tema porque mi cotidianidad está hecha de esos elementos. Porque no sé de caballos ni de finanzas, de farándula ni de fútbol. Casi de nada sé, y en realidad lo bien poquito que conozco, lo aprendí de la observación de los hombres y de la lectura de los libros. Aparte de las lecciones que recibí de los hombres, me cobijó por fortuna la sombra bienhechora de los libros. Los libros me reconfortaron. Me instruyeron. Me acompañaron. Me divertieron. Me ensancharon el mundo y me proyectaron el universo. Y siempre me dijeron algo bueno.

Por eso quiero compartir con ustedes esos hallazgos.

ELOGIO DE LA SENCILLEZ

Hablar de lecturas y lectores daría para tornarse complejo y expresarse en difícil. Pero yo prefiero evitar estos disfraces del pensamiento y declarar, con Seferis, que no aspiro a

* Ponencia presentada en el 2º Encuentro de Bibliotecas de Antioquia. COMFAMA. Medellín, Septiembre 17 de 1992.

** Exfuncionario del CERLALC, vinculado actualmente a la Fundación Cultural Susaeta

otra cosa más que hablar simplemente, que me sea acordada esa gracia. (Porque a) nuestro canto lo hemos abrumado con tantas músicas que poco a poco fue desplomándose y de tal modo hemos recargado nuestro arte que su rostro se ha agrietado a través de tantas doraduras. Es tiempo ya de decir las pocas palabras que debemos decir: mañana nuestra alma desplegará sus velas (1).

BRUJULAS Y REDES

Pero el hablar simplemente no significa pensar simplistamente. Así por ejemplo, cuando Tagore dijo que "las estrellas no temen aparecer como luciérnagas", construyó con su pensamiento una catedral poética accesible a todos los fieles que quisiesen orar en ella. Pero debió hacer un enorme esfuerzo intelectual y emocional para la construcción de ese universo de esplendorosa sencillez.

Por ello, el reflexionar sobre los libros y los hombres, debe también exigir de nosotros una búsqueda esforzada y placentera, que hacia el final de la jornada nos otorgue, justificadamente, la recompensa de la conclusión, del descubrimiento, de la propuesta.

Propongo, pues, que echemos a este mar inconmensurable en el que hemos elegido bogar, la red que nos permita pescar materias estelares, con cuya luz podamos arribar a la playa feliz del conocimiento; y que para evitar perdernos en los sutiles laberintos a los que puede conducirnos nuestra búsqueda, nos dejemos guiar por la brújula inequívoca del corazón.

Propongo además el que, pertrechados con tan singulares brújulas y redes, tratemos de atrapar respuestas sobre lo que es y debe ser la lectura, sobre lo que se debe leer, sobre el por qué y para qué leer, sobre el cuándo empezar a leer, sobre el dónde leer, sobre el cómo leer, sobre el cómo hacer lectores, sobre el con quién leer, sobre la clase de lectores que queremos formar, sobre la clase de sociedad en la que queremos vivir...

Todo ello implica el reconocer la existencia de una filosofía, de una axiología, de una ética y de una pedagogía de la lectura, así como de una geografía de una dinámica de la animación sociocultural.

No es mi intención el contestar aquí estas preguntas; ni siquiera el abordarlas en su totalidad. Por otro lado, tampoco creo que las mismas tengan respuestas matemáticas. La búsqueda de la verdad debe ser una tarea de todos, a lo largo de la vida. Así pues, mi función se limitará únicamente a tratar de enfatizar dudas y cuestionar evidencias, y no pretenderá ni transmitir certezas ni consolidar teorías.

LAS CARTAS SOBRE LA MESA

Si éste fuera un taller, podríamos obtener de cada uno de nosotros, una variedad y multiplicidad increíble de respuestas sobre las preguntas que hemos planteado. Esas respuestas, una vez confrontadas entre sí, nos ofrecerían elementos riquísimos para iniciar un análisis sobre el ser y el deber ser de la lectura.

Yo les sugiero que hagamos este taller en el hogar, en la escuela, en la oficina, en la fábrica, en la biblioteca, en el círculo de amigos, y que procesemos sus resultados. Les garantizo que valdrá la pena la experiencia.

Pero como esta es una charla y, desafortunadamente, no podemos darnos el lujo de enriquecer inmediata y paulatinamente la univocidad del discurso voy a continuación a mostrarles los asesa con los que trato de construir "mi" deber ser, en torno a lecturas y a lectores.

1. Ante todo, considero que la lectura es un proceso de construcción de significados, en el que juegan un rol primordial los marcos sociocognitivos, afectivos y actitudinales del lector, a partir de los cuales éste puede o no, comprender y recrear el texto (2).

2. Suscribo además, con Paulo Freire, que el leer no se agota en la decodificación pura de la palabra escrita o del lenguaje escrito, sino que se anticipa y se prolonga en la inteligencia del mundo (3).

Basado en ello y de acuerdo con el semiólogo Néstor Otero, defiendo el que la lectura es un medio, entre otros, de acceso a la cultura, que no debe aparecer como el único. De allí que se deba enseñar a leer y a escribir todos los códigos con que se obtiene información, porque no hay un lenguaje sino múltiples códigos que interactúan y absorben la lengua materna. De allí también, la necesidad de redefinir conceptualmente términos como lenguaje, texto, lectura y escritura, así como de rediseñar estrategias de abordaje del texto, y de renovar radicalmente las prácticas pedagógicas de la enseñanza-aprendizaje de la lectoescritura (4).

3. Sostengo, por otro lado, que la lectura debe ser un acto superlativo de libertad, ejercitado crítica y valorativamente por un lector autónomo, es decir, por un sujeto capaz de pensar y actuar por sí mismo, tomando en cuenta diversos puntos de vista, tanto en el terreno moral y social, como en el intelectual (5).

Esa autonomía ha de ser el sustento de la creatividad; de una creatividad que, al decir de Gianni Rodari, sea sinónimo de "pensamiento divergente", o sea, capaz de romper continuamente los esquemas de la experiencia:

Es creativa una mente que trabaja siempre, que está siempre dispuesta a hacer preguntas, a descubrir problemas donde los demás encuentran respuestas satisfactorias, que se encuentra a sus anchas en las situaciones fluidas donde los otros sólo husmean peligro; capaz de juicios autónomos e independientes (incluso del padre, del profesor y de la sociedad), que rechaza lo codificado, que maneja objetos y conceptos sin dejarse inhibir por los conformistas (6).

Para resumir este primer conjunto de planteamientos, propugno la lectura crítica, valorativa y multicodificable de un texto polisémico, pleno de sentidos, ejercitada por un lector autónomo y creativo que transforma al texto, a la vez que es transformado por él, y que por ello mismo se torna en un sujeto con plena capacidad para transformar su contexto.

PRINCIPALES ESCENARIOS

Un segundo conjunto temático que quisiera abordar en este trabajo es el de los principales escenarios de la formación del lector, los cuales, básicamente, son o deberían ser el hogar, la escuela y la biblioteca, sin desconocer por ello, otro tipo de espacios no tradicionales y complementarios del comportamiento lector.

El hogar

Estoy convencido de que la primera y mejor aula para la formación del lector es el claustro materno. Bien lo dice la escritora Yolanda Reyes:

En el principio es la palabra y la palabra es amor... Desde antes que el vientre crezca, anunciando la presencia de un nuevo ser, la madre se atreve a pronunciar palabras secretas para saludar a la vida que comienza. Poco se sabe, a ciencia cierta, del efecto de esas palabras primeras. Para la madre son inevitables porque, al fin y al cabo, contamos fundamentalmente con palabras para traducir lo que sentimos. Para el hijo quizás empieza, desde entonces, esa sensación inequívoca del hogar, de la pertenencia (7).

Las palabras, por las que -según nos dice la Biblia- habremos de ser justificados o condenados, todas las palabras, pero especialmente esa palabra materna cargada de emoción, ternura y amor sin límites, es el primer poema del que disfruta el ser humano desde el momento mismo en que se produce el milagro de la concepción.

Si hasta a la mascota de casa le decimos cosas agradables y estimulantes, a pesar de su condición de animal; si llegamos incluso a conversar con los arbustos y las flores, en un intento de apoyar su lozano crecimiento; ¿no creen ustedes que una vida humana en gestación se merece mil veces más muestras de afecto, a través de la palabra que acaricia, conforta, consiente, protege, ama...?

La ciencia contemporánea afirma que, de esa lectura, dependerá en buena parte la futura personalidad de ese ser en formación; de ese ser que lee los

parte la futura personalidad de ese ser en formación; de ese ser que lee los códigos intra y extrauterinos de su contexto, y que a su vez escribe con sus movimientos, con sus pataditas, textos que esperan ser leídos y contestados por sus progenitores.

Así vistas las cosas, el hombre se autoeduca mucho antes de su contacto con las escrituras alfabéticas, lo cual significa que ni siquiera al nacer este hombre es un analfabeto -en el sentido amplio que le otorgamos al término-. Por el contrario, el recién nacido trae sus propios conocimientos, su propia cultura y su propio lenguaje. Al momento mismo de aparecer a la vida, escribe con un grito inicial el texto de su necesidad de calor, alimentación y afecto.

Se inicia entonces para este lector incipiente, una fase crucial que sellará su destino. Así lo asegura el científico mexicano Santiago Ramírez, para quien la conducta del ser humano se encuentra determinada por los troqueles o pautas a las que fue sometida la personalidad en su proceso de desarrollo. El niño va a recibir a través del manejo y tratamiento que los padres hacen de sus necesidades, una gran cantidad de información que habrá de troquelar su posterior conducta. A pesar de que los años infantiles se olvidan, quedan -no obstante- como en las ciudades perdidas, restos que nos sirven para reconstruir su arquitectura. Es en este período de la vida donde la conducta autoritaria, por ejemplo, troquela en el niño modelos de comportamiento que pueden ir, según su intensidad, de la sumisión a la violencia. (8) O quizá más allá, si nos atenemos al relato que el psiquiatra Morton Schatzman hace de la vida de Daniel Schreber, en su obra "El asesinato del alma o la persecución del niño en la familia autoritaria":

Daniel Paul Schreber (1842-1911), eminente juez alemán, enloqueció a los 42 años, se recuperó y volvió a enloquecer ocho años y medio después. No sabemos si, en el sentido social ordinario, volvió a estar cuerdo alguna vez. Los psiquiatras y psicoanalistas lo consideran como un caso clásico de paranoia y esquizofrenia. Su padre, Daniel Gottlieb Moritz Schereber (1806-1861), que supervisó su educación, fue un destacado médico y pedagogo alemán. La influencia del padre fue grande, tanto en vida como después de muerto. El padre pensaba que su época era mortalmente "blanda" y "decadente", debido principalmente a la laxitud de la educación y a la disciplina de los niños en el hogar y en la escuela. Propuso "combatir" la "flojera" de su época mediante un complejo sistema de educación infantil, cuyo fin era hacer a los niños obedientes y sumisos a los adultos.

Creía que la observación de sus preceptos redundaría en una sociedad y en una "raza" mejores. Aplicó a la educación de los niños los mismos principios básicos que los regímenes totalitarios, seculares y religiosos. Al igual que ellos, creía que la obediencia y disciplina en un niño eran más importantes que cualquier otra cosa. Tuvo dos hijos; el mayor, Daniel Gustav, también enloqueció suicidándose después (9)...



La escuela

También los educadores debemos preocuparnos por lo que sucede con la lectura en la escuela. Mucho me temo que, salvo las excepciones que por cierto y por fortuna existen, la mayoría tendemos a reproducir en nuestra práctica pedagógica -con la pasividad, la indiferencia, la permisividad y hasta la exigencia de los padres de familia- actitudes similares a las del hogar autoritario, y basamos nuestro poder en la frágil e injusta superioridad que nos otorgan la disciplina del miedo, la sumisión de la nota, la carnada de la promoción, que en ningún caso es disciplina de hombres libres ni modelo de conducta para una civilización que habla de valores trascendentales, de respeto a los valores del niño, de defensa de los derechos humanos.

El educador autoritario impone en la escuela una lectura literal, lineal, pasiva, monologal y memo-verbalística que impide el libre, espontáneo juego de ideas y sus matices infinitos; impone una lectura cerrada, definitiva, que afirma la autoridad del texto o el prestigio docente que lo sostiene, o el fanatismo científico, político o religioso que confunde realidad con realismo y realismo con la idea del autor. (10) Un reciente estudio del Cerlalc revela que los docentes hablan el 70% del tiempo escolar que se ocupa entre los 4 y los 16 años, lo cual suma la sobrecogedora cifra de 8.000 horas...

Se impone, ante un panorama así, un radical giro de timón en este tipo de conductas para la formación de los lectores autónomos que necesitan nuestros países. Kammi sugiere 3 principios pedagógicos importantes para el desarrollo de la autonomía en la escuela:

1. Que el profesor reduzca su poder de adulto todo lo posible, e intercambie puntos de vista con los niños, de igual a igual;

2. Que el profesor incite a los niños a intercambiar y coordinar puntos de vista con los otros niños; y

3. *Que el maestro incite a los niños a tener una mentalidad activa (es decir, a ser curiosos, a tener iniciativa, a ser críticos, a establecer relaciones entre las cosas) y a tener confianza en su propia capacidad de descubrimiento (11).*

La escuela debe, entonces -no sólo para enseñar a leer, sino para enseñar, en general; pero, especialmente para formar lectores autónomos-, hacer del diálogo su mayor y mejor estrategia; un diálogo profundamente cimentado en el amor y opuesto de manera frontal a la dominación, porque en la dominación no hay amor sino patología del amor, según nos lo recordó Freire en su "Pedagogía del oprimido": en la patología del amor hay sadismo en el dominador y masoquismo en el dominado; pero amor, no, porque el amor es un acto de valor y nunca de miedo; el amor es, ante todo, compromiso con los hombres. Al fundarse en el amor, en la humildad, en la fe en los hombres, en la confianza mutua entre educador y educando, en la esperanza y en el pensar crítico, el diálogo se convierte en una relación horizontal y fecunda, en la que podrá gestarse el nuevo ciudadano que requiere una América Latina en la que se hable de democracia sin acallar el pueblo y en la que se hable de humanismo sin negar a los hombres (12).

Los textos

Más, al interior del sistema educativo no es sólo el maestro quien influye en la formación o deformación lectora del niño. También están, por otro lado, las cartillas de enseñanza, algunos de cuyos autores tratan a los niños como a unos verdaderos estúpidos. Así por ejemplo, a pesar de que, por término medio, el grupo de niños de primer grado con vocabulario más reducido domina más de 2.000 palabras -lo cual hace inútil e irrelevante la pretensión de que este tipo de textos empleen muy pocas palabras para dizque no dificultarles las cosas a los niños procedentes de hogares culturalmente pobres-, hay textos que parecen ignorar la realidad de la vida, incluso en los hogares menos favorecidos.

El recientemente fallecido psicoanalista Bruno Bettelheim manifiesta al respecto, en su obra "Aprender a leer":

Para que los niños descubran que la lectura es la experiencia más estimulante, satisfactoria y significativa que la escuela les puede ofrecer, es necesario que los

textos que se utilicen sean, a la vez, estimulantes, satisfactorios y, sobre todo significativos.

Y agrega:

Probablemente, la primera literatura consistía en mitos que trataban de explicar la naturaleza del mundo y del hombre; era una literatura por medio de la cual el hombre intentaba comprenderse a sí mismo. De los mitos nació la poesía y, más adelante, la ciencia, la fuente de las "dos culturas" que todavía son dos caminos que llevan hacia la comprensión de nosotros mismos y del mundo. Si deseamos abrir el mundo del conocimiento a nuestros hijos, lo que les hagamos leer tiene que ayudarles, desde el principio, a entenderse a sí mismos y a su mundo. Sus cartillas de lectura deberían contener sólo relatos con tanto significado como valor literario. Partiendo de tales libros de lectura - especialmente si respetamos el modo en que quieran leerlos-, los niños aprenderán a leer por sí solos, disfrutarán haciéndolo e iniciarán una marcha que durará toda la vida hacia la adquisición de unos conocimientos cada vez mayores (13).

Pero junto a la cartilla con textos significativos y calidades literarias, que con tanta justicia reclama Bettelheim, nosotros reclamamos, complementariamente, la presencia de la literatura infantil autónoma; de esa literatura independizada de manuales y otros textos escolares que, de alguna o de muchas maneras, la condicionan a la esfera didáctica y moralizante de la escuela; la gran lírica y la gran narrativa de ayer y de hoy, de allá y de acá, pero en su envoltura propia, en su simple pero hermosa presentación de libro, no atado más que a la magia de sus palabras. Y a su lado, cual bastión insustituible, la poesía milenaria del juego, el arrullo, la rima, la ronda, transmitida de boca en boca por la memoria colectiva del pueblo.

La biblioteca

Sin lugar a dudas, la biblioteca constituye un escenario de insospechadas posibilidades para la consolidación del comportamiento lector. Claro que, en vista de mi precaria formación e información bibliotecológicas, es probable que la mayor parte de lo que diga sobre el tema esté cargado de errores o confusiones a cuál más gruesos. Pero presento en mi descargo el amoroso empeño, la entrega y hasta la pasión que dediqué durante muchos años a una de las funciones más placenteras que me cupo ejercer en mi país: la de crear y dirigir el Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas.

Conozco, pues, de alguna manera, la problemática de esta clase de bibliotecas, y puedo asegurarles que no llegué a este conocimiento por el sólo análisis de expedientes burocráticos, sino que debí hundir los pies en el barro, remontar montaña y llanura, desierto y selva, continente y archipiélago. Y de esa lectura inolvidable del alma de mi patria y del corazón de mi pueblo, aprendí a conocer, a respetar y a querer el apostolado silencioso que -recién entonces lo supe-, cumple el bibliotecario en los más remotos confines.

Recorriendo esos caminos descubrí una problemática dolorosamente común a la mayoría de bibliotecas públicas latinoamericanas, y que estaba particularmente referida a la infraestructura, al personal y a los acervos de estas bibliotecas.

Un censo de posibles locales para la instalación, re-instalación o adecuación de las bibliotecas nos demostró que el problema no era de infraestructura, ya que se encontró una amplia disponibilidad de construcciones desocupadas o subutilizadas, a las que se podía acceder mediante convenios con instituciones municipales, religiosas o particulares.

Las dificultades empezaban, más bien, con el sitio de residencia de los bibliotecarios, el cual era generalmente alejado de la población donde funcionaba la biblioteca. Ello originaba ausencias frecuentes del bibliotecario, así como retrasos e incumplimientos de los horarios de atención establecidos. Estos horarios, por otro lado, no coincidían con el tiempo libre de los habitantes y, de manera inexplicable, permanecían cerrados los días sábados, domingos y festivos.

Había bibliotecarios que trabajaban gratuitamente, a la espera del contrato o nombramiento que alguna vez llegaría, a pesar de que muchos de estos voluntarios habían esperado tanto o más que el mismísimo Coronel de la obra de García Márquez, y con idénticos resultados.

Había otros que sí estaban remunerados, pero debían cumplir funciones diferentes; había unos terceros que, a pesar de estar amparados legalmente por un contrato o nombramiento, eran declarados cesantes en cada renovación de la administración municipal, para ser reemplazados por familiares o ahijados de los nuevos ediles, sin consideración del perfil académico o profesional que pudieran exhibir los bibliotecarios sustitutos.

Las remuneraciones, en todo caso, eran de las más bajas que se podía encontrar en los índices salariales de todo el país.

Un 95% de los bibliotecarios en funciones carecía de estudios en bibliotecología y los poquísimos cursillos o charlas recibidas ocasionalmente, se perdían definitivamente con la inestabilidad generada por los vaivenes políticos.

No existían criterios de selección para la adquisición de las obras, ni un comité o consejo de selección; las palabras procesamiento y sistematización eran poco menos que desconocidas, y las formas de adquisición estaban generalmente relacionadas con las súbitas donaciones de los caciques locales que habían conseguido asiento en el Congreso de la República y que manejaban, por eso mismo, auxilios para sus lugares de origen. ¿Con qué criterio lo hacían?. ¿Quién los asesoraba?. No lo se a ciencia cierta, pero colíjanlo ustedes, de la relación de estos dos casos:

- En la ciudad de Babahoyo, encontramos 60 cajas de cartón que contenían cientos de libros adquiridos dos años antes, y que ni siquiera habían sido desempacados.

- En una comunidad indígena del Chimborazo hallamos un elegante y voluminoso tratado de lexicografía que había encontrado al fin oficio, al servir como nivelador de la pata de un mueble. El dichoso tratado de lexicografía formaba parte de una colección entregada a una población quichua-parlante que se iniciaba recién en la alfabetización del idioma español...

Pero continuemos, así sea superficialmente, con el diagnóstico:

- No había evaluación, descarte ni renovación permanentes del fondo; no había promoción, difusión ni sistema alguno de atención especial al usuario. Estos espacios no eran en realidad bibliotecas sino, más bien, híbridos entre museos y cementerios...

No es este el lugar para decirles todo lo que tuvimos que hacer para tratar de transformar esa realidad, ni voy a asegurarles que logramos escribir el cuento de hadas con el clásico final feliz, pero sí puedo asegurarles que, en el



término de pocos años, pudimos iniciar el proceso de construcción de un sistema que ha ido consolidándose y que es, hoy por hoy, el proyecto de mayor significación de los últimos regímenes políticos del Ecuador, en el campo del desarrollo cultural.

De la experiencia altamente enriquecedora que acabo de referirles; de las visitas que pude hacer a las bibliotecas públicas de nuestra América, de los encuentros nacionales y regionales en los que participé, así como de la lectura atenta de libros, documentos y más literatura especializada sobre el tema, he podido extraer las poquísimas reflexiones y propuestas que a continuación me permito compartir con ustedes, en torno a ciertas modalidades concretas de acción, que la biblioteca pudiera asumir como impulsora afectiva y permanente de la formación de lectores.

El profesional bibliotecario debe ser un estudioso y un ejecutor permanente de toda cuanta estrategia para la formación de lectores considere significativa y válida. No puede conformarse con ser un eminente conocedor de los laberintos de la catalogación, que poco o nada conozca de animación sociocultural. Como ya lo advirtiera el brasileño Teodoro da Silva, los servicios bibliotecarios no pueden reducirse a registrar, sacar y poner libros en las estanterías y controlar las fechas de entrega de los libros prestados; el bibliotecario no puede resignarse a ejercer un automatismo rutinario e inconsecuente (14).

Pero antes de acometer acciones para hacer y para atraer lectores, tiene que preguntarse si es lector él mismo, y sino lo es (como suele suceder en muchísimos casos), debe tener la valentía, la humildad y la sabiduría de iniciar, despacio pero consistentemente -sin prisa pero sin descanso, como diría Goethe-, el más enriquecedor de los aprendizajes: el que lo convertirá en lector, en ser pensante, autónomo, crítico, creativo; en sujeto activo y transformador de la historia y de su historia.

Iniciar un aprendizaje gozoso pero serio, rico pero esforzado, que sólo puede lograrse de una manera. Así como a nadar se aprende nadando y no mirando diapositivas a color sobre las más sofisticadas técnicas de la flotación, así mismo, a leer se aprende leyendo. Y conste que no hay necesidad de empezar con autores de la complejidad de Joyce o con obras de la vastedad de "En busca del tiempo perdido". Basta con que abordemos un texto breve, pero magistralmente escrito, como cualquiera de los relatos de "Las mil y una noches" o alguno de los cuentos de Oscar Wilde o de Horacio Quiroga. Así, en el encuentro fecundo con un texto pleno de emoción y de calidades literarias, nuestro inicial coqueteo terminará convirtiéndose, más temprano que tarde, en un enamoramiento profundo.

Solamente cuando algo nos conmueve, nos hace vibrar, nos trastorna, estamos en capacidad de transmitir esas emociones y sensaciones a los demás.

Un bibliotecario debe ser un promotor cultural nato y un suscitador de lecturas por antonomasia. Para ello, además de ser un gran lector, deberá ser un buen narrador de historias, capaz de entretener a cualquier clase de públicos. Todos sabemos que el que no anuncia no vende, que el que no llora no mama. Por eso mismo, el que no suscita le cierra las puertas al destino.

El bibliotecario debería tratar de ser un buen cuenta-cuentos (no mete cuentos), capaz de entusiasmar a los demás y contagiarles su virtual adición a leer, a pensar, a soñar.

Pero cuidémonos de hacerlo bien; no vaya a ser que nos ocurra lo que al caballero del cuento de Boccaccio, que nos lo recuerda Calvino en sus "Seis propuestas para el próximo milenio" (que en realidad son cinco). Se trata de...

Un alegre grupo de damas y caballeros que una señora florentina ha acogido en su casa de campo sale a dar un paseo a pie, después del almuerzo, hasta otra amena localidad de los alrededores. Para hacer más llevadero el camino, uno de los caballeros propone contar un cuento:

- Doña Oretta, si queréis, os llevaré gran parte del camino que hemos de andar como si fuerais a caballo, con una de las más bellas novelas del mundo. La señora respondió: -Señor, mucho os lo ruego, que me será gratísimo.

El señor caballero, a quien tal vez no le sentaba mejor la espada al cinto que el contar historias, oído esto comenzó una novela que en verdad era en sí bellísima, pero que él estropeaba gravemente, repitiendo tres, cuatro o seis veces una misma palabra, o bien volviendo atrás y diciendo a veces: "No es como dije", y equivocándose a menudo en los nombres, sustituyendo uno por otro; sin contar con que la exponía pésimamente, según la calidad de las personas y los hechos que sucedían.

Con lo cual a doña Oretta, al oírlo, a menudo le entraban sudores y un desmayo del corazón, como si estuviera enferma y a punto de morir; cuando ya no lo pudo aguantar más, viendo que el caballero se había metido en un atolladero y no sabía como salir, le dijo placenteramente:

- Señor, este caballo vuestro tiene un trote demasiado duro, por lo que os ruego que me dejéis seguir a pie (15).

Debemos ser bibliotecarios que leemos y propugnemos la lectura de toda clase de textos, escrituras, lenguajes y códigos: verbales y no verbales, alfabéticos y no alfabéticos; lingüísticos pero también gestuales, cromáticos, pictóricos, arquitectónicos, televisivos, gráficos, cinematográficos.

No es nueva esta propuesta, mas no por ello deja de tener más vigencia que nunca. La inauguró, quizá, el hombre primitivo que aprendió a leer la escritura

de las nubes para descifrar el advenimiento de la lluvia. El mismo Marco Polo lo puso en práctica hace ya varios siglos, mientras jugaba al ajedrez con el Kublai Kan, según el relato del mismo Calvino:

...El Gran Kan trataba de ensimismarse en el juego, pero lo que se le escapaba ahora era el por qué del juego. El fin de cada partida es una ganancia o una pérdida, pero ¿de qué? ¿Cuál es la verdadera apuesta? En el jaque mate, bajo la base del rey destituido por la mano del vencedor, queda la nada: un cuadrado blanco o negro. A fuerza de descarnar sus conquistas para reducirlas a la esencia, Kublai había llegado a la operación extrema: la conquista definitiva, de la cual los multiformes tesoros del imperio no eran sino apariencias ilusorias, se reducía a una tesela de madera cepillada.

Entonces Marco Polo habló: -Tu tablero, Majestad, es una taracea de dos maderas: ébano y arce. La tesela sobre la cual se fija tu mirada luminosa fue tallada en un estrato del tronco que creció un año de sequía: ¿ves cómo se disponen las fibras? Aquí se distingue un nudo apenas insinuado: una yema trató de despuntar un día de primavera precoz, pero la helada de la noche la obligó a desistir-. El Gran Kan no había notado hasta entonces que el extranjero supiera expresarse con tanta fluidez en su lengua, pero no era esto lo que le pasmaba. -Aquí hay un poro más grande: tal vez fue el nido de una larva, no de carcoma, porque apenas nacida hubiera seguido cavando, sino de un brugo que royó las hojas y fue la causa de que se eligiera el árbol para talarlo... Este borde lo talló el ebanista con la gubia para que se adhiriera al cuadrado vecino, más saliente...

La cantidad de cosas que se podían leer en un trocito de madera liso y vacto abismaba a Kublai; Polo le estaba hablando ya de los bosques de ébano, de las balsas de troncos que descienden los ríos, de los atracaderos, de las mujeres en las ventanas (16).

El bibliotecario debería utilizar un lenguaje sencillo, ejercer la virtud de la humildad y evitar, por todos los medios posibles, el caer en el autoritarismo,

Cristina Tavares dice al respecto que

El lenguaje bibliotecológico es tan complejo como elitista, que si el bibliotecario no fuera el decodificador de este lenguaje, los usuarios jamás tendrían acceso a la información a la que tienen derecho. Posiblemente, es esta complejidad de lenguaje que utilizamos y que dominamos, lo que nos coloca en posición de "expertos" y competentes, al punto de que nos distanciamos cada vez más del usuario y de sus necesidades, manteniéndolo bajo nuestro dominio. Más de una vez se revela la relación bibliotecario-usuario, de una forma autoritaria, tal como la relación profesor-alumno (17).

El bibliotecario debería convertirse en un profundo conocedor de la comunidad a la que sirve su biblioteca. Ser un amigo de las personas que vienen a ella. Un

consejero de sus lecturas. Un investigador de la historia y de las necesidades del sector. Un promotor de las ideas que contribuyen a solucionar problemas. Un provocador, en el mejor sentido del término.

Paulo Freire, el hombre que nos enseñó que la educación debe ser una práctica permanente de la libertad, vio en la biblioteca pública uno de los instrumentos más propicios para el desarrollo cultural del pueblo y sugirió a los bibliotecarios que emprendiesen en áreas populares el relevamiento de la historia del sector, por medio de entrevistas grabadas en que los más antiguos habitantes fueran registrando los momentos fundamentales de la historia común. De esa manera se podría contar en poco tiempo más con un significativo acervo que, en el fondo, haría parte de la historia del lugar. Se contaría así con testimonios en torno a personajes populares famosos, artistas, escultores, fabricantes de muñecas, médicos, curanderos, rezadores; y se rescatarían saberes populares importantes, relativos a supersticiones y creencias, a plantas medicinales, a poemas, historias y canciones.

Todo este material recolectado debería luego convertirse en folletería en donde se respete totalmente el habla popular de los entrevistados: su sintaxis, su semántica, su prosodia.

Estos folletos, así como las cintas grabadas deberían hacer parte del acervo de las bibliotecas, para ser trabajados con la población, ya sea dentro de la biblioteca o fuera de ella, en cursos de alfabetización o de post-alfabetización, enriqueciendo de esta manera el campo de la educación popular. Más aún todavía: los materiales de estas investigaciones podrían ser intercambiados, para ampliar así la cosmovisión de los usuarios de estas bibliotecas. Uno de los más valiosos aspectos de un trabajo como el que propone Freire, sería sin duda, el reconocimiento del derecho que el pueblo tiene a ser sujeto de la investigación que procura conocerlo mejor, y no mero objeto del trabajo que los especialistas hacen en torno a él. Porque, en efecto, en esta segunda hipótesis, los especialistas hablan sobre él; a lo sumo le hablan a él, pero no hablan con él; sólo lo escuchan cuando él responde a las preguntas que le hacen (18).

El bibliotecario debe ser, en fin, un creador; un ser en cuya mente las ideas se hallen en un constante y fecundo rebullir, y en cuyo corazón pueda encontrar la fuerza necesaria para convertir las ideas en palabras y las palabras en acciones, con el amor que se requiere para todas las cosas grandes que se intentan en pro del mejoramiento del hombre y de la transformación del mundo. Que debe ser, creo yo, la aspiración de todos quienes estamos embarcados en esta diaria aventura del vivir, amenazados por mil peligros cercanos que nos circundan cada vez más estrechamente y que nos llevan a suscribir la apocalíptica advertencia de que

*cuando lo útil valga más que lo bello,
cuando el coloquio con el más allá termine,
cuando el derecho sea estrangulado por la ciencia y por la técnica,*

cuando no nos importe saber a dónde vamos ni de donde venimos, entonces, la aventura del hombre sobre la tierra habrá definitivamente terminado...(19)

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. SEFERIS, Giogio citado en: El color de la tierra: poemario de Francisco Delgado Santos. Quito, 1977. p.5
2. Véase TORNADU, Beatriz y CUKIER, Zulema. La lectura en la escuela: un recurso para mejorar la capacidad comunicacional del niño, entrevista a la profesora María Elena Rodríguez. // En: Páginas para el docente. Boletín informativo de Aique Grupo Editor. No.12 Abril 1988, p.1-5
3. FREIRE, Paulo: La importancia del acto de leer y el proceso de liberación. México: Siglo Veintiuno Editores, 1991. p.94
4. Véase OTERO, Néstor. Semiología de la lectura, mec., Bahía Blanca, 1985. p.14
5. Citado por CHARRIA, María Elvira y GONZALEZ, Ana/ En: Hacia una nueva pedagogía de la lectura. Bogotá: Procultura S.A., 1987. Vol. I, p.13
6. RODARI, Gianni. Gramática de la fantasía. Barcelona: Avance, 1976. p.194
7. REYES, Yolanda. La lectura un mundo de palabras habitado por el hombre, reflexiones en torno a una propuesta de lectura construida con padres, niños y maestros, mec., p.1
8. RAMIREZ, Santiago. Infancia es destino. México: Siglo Veintiuno Editores, 1990. p.210
9. SCHATZMAN, Morton. El asesinato del alma, la persecución del niño en la familia autoritaria. México: Siglo Veintiuno Editores, 1990, p.1
10. OTERO, Néstor Op. cit., p.13
11. Citado por CHARRIA, María Elvira y GONZALEZ, Ana, Op. cit., p.25
12. FREIRE, Paulo. Pedagogía del oprimido. Bogotá: Editorial América Latina, 1976, p.102
13. BETTELHEIM, Bruno y ZELAN, Karen. Aprender a leer. Barcelona: Editorial Crítica: Grijalbo, 1983. p.255-291

14. Citado por TAVARES de M., María Cristina. // En: Biblioteca pública: Biblioteca para el pueblo?. mec., p.19
15. Véase CALVINO, Italo. Seis propuestas para el próximo milenio. Bogotá: Ediciones Siruela, 1989, p.51-53
16. CALVINO, Italo, Op. cit., p.87-88
17. TAVARES, María Cristina de M., Op cit., p.20
18. Idem, p.31
19. PEREZ Guerrero, Alfredo. s.r.e., Quito, 1966